

HACIA EL FIN DE LA CONFRONTACION IDEOLOGICA ESTE-OESTE

Los acontecimientos internacionales de los últimos meses, pese a su aparente incoherencia responden, con plena lógica en nuestra opinión, a los nuevos rumbos que, no sin dificultades ni zozobras, parece haber trazado Gorbachov para la política europea y mundial de la Unión Soviética. La conclusión fundamental que podemos extraer de la panorámica que a continuación presentamos es que estamos ante un auténtica mutación de las concepciones que han venido condicionando las relaciones internacionales de la Unión Soviética en los últimos años, que estamos asistiendo al abandono de la ideología comunista como motor de dichas relaciones y a la sustitución de su protagonismo por el de los intereses nacionales y estatales de la Unión Soviética.

El totalitarismo comunista se ha mostrado incapaz de lograr el desarrollo económico de los pueblos; si algo resulta evidente es la ruina total y el endeudamiento de los países del Este, cuyo nivel de vida es manifiestamente inferior a la del más pobre de los occidentales. Asimismo, el utópico "paraíso comunista" se ha revelado más bien como infierno a juzgar por el auténtico delirio democrático que ha cundido en aquellos países apenas derribado el muro de Berlín y tan pronto como se han soltado las amarras que los tenían sujetos. Finalmente, la combinación de estos dos elementos: economía depauperada y desmoralización de la población produce necesariamente una patente inferioridad militar con vistas a una posible confrontación entre bloques. Si hasta ahora ese potencial desequilibrio había podido ser paliado por un mayor esfuerzo en favor de la industria pesada de armamento en detrimento de otros factores de verdadero desarrollo, la creciente tecnificación y carestía de los medios, cuya máxima expresión radica en la llamada "guerra de las galaxias", anulaba cualquier posibilidad de competencia con Occidente. Utilizando palabras llanas, podemos concluir de todo lo expuesto que ni por las buenas ni por las malas resultaba posible a la larga la continuidad de la Unión Soviética como potencia equiparable a los Estados Unidos.

Naturalmente, todo esto que podemos advertir nosotros en la soledad de nuestra mesa de trabajo y sin más conocimientos que los proporcionados por los libros y medios de comunicación no podía pasar desapercibido a Gorbachov. Para él, tuvo que resultar evidente que el sistema comunista era incapaz de competir en el plano económico con el occidental; que a medida que las actividades humanas van necesitando un mayor soporte de capital y una utilización más completa de las capacidades intelectuales y morales de la población, el estatismo comunista resulta más inoperante y va ensanchando el foso de capacidades materiales que separa a los dos sistemas. Dentro de este orden de ideas, parece claro que la *perestroika* y el *glasnost* suponen un intento de

liquidación del totalitarismo soviético para dar paso a un sistema en el que se recogen algunos postulados básicos de las doctrinas occidentales:

- Pluralismo político.
- Economía de mercado.
- Libertades individuales.

Pero la torpeza que quizás cometan los occidentales es la de no tener muy en cuenta que esta liquidación no ha podido ser concebida en perjuicio, sino en favor, del poderío de la Unión Soviética y con el deseo de mantener su *status* de gran potencia mundial en todos los terrenos. Y ésta es, según nos parece, la idea fundamental que puede permitirnos comprender los acontecimientos que estamos presenciando.

Pero también resulta claro que se trata de una operación de amplio vuelo, extremadamente difícil, que ha de luchar con incomprendiones y reticencias externas e internas y asimismo que puede producir consecuencias aparente o realmente no deseadas. Examinamos a continuación las dos más evidentes:

- a) *Desmantelamiento del Pacto de Varsovia*, cuya liquidación definitiva en el plano militar tendrá lugar en el próximo mes de abril, aunque el repliegue de las tropas rusas situadas actualmente en los territorios de sus antiguos aliados haya de responder a un calendario amplio que llegará hasta el año 1995. Pero no es sólo eso, sino que, además, en el caso de Alemania se produce un auténtico "cambio de acera", ya que, al unificarse con la República Federal, pasa a integrarse automáticamente en la OTAN. Por si esto fuera poco, Hungría y Checoslovaquia son ya miembros del Consejo de Europa, organismo que exige a sus Estados miembros la adopción de un régimen democrático y pluralista, y Bulgaria, Rumanía y Yugoslavia han recibido *status* de "invitados especiales" que les facultan para mantener en la Organización 6 diputados, aunque carentes de voto. Y es de esperar que Polonia siga los mismos pasos que, en definitiva, vienen a ser aproximaciones a su ulterior integración en la CEE.
- b) *Aparición en el seno de la Unión Soviética de graves tensiones nacionalistas*, de las cuales las de mayor relieve han sido las de las tres repúblicas Bálticas, Estonia, Letonia y Lituania y la de Georgia que ha originado una enérgica y casi unánime repulsa del Parlamento soviético que ha respaldado en este caso la posición de Gorbachov.

En resumen, se produce una auténtica conmoción del sistema, lo que da lugar a eufóricas reacciones en Occidente que ocasionan el desbloqueo de sus relaciones con los países del Este, propician el otorgamiento a Gorbachov del Premio Nobel de la Paz y promueven la concesión a la Unión Soviética de importantes ayudas económicas para facilitar su recuperación y asegurar los cambios apuntados.

En este ambiente de convivencia tiene lugar un hecho sin precedentes en el concierto mundial. Cuando, tras la invasión de Kuwait por Irak, la ONU se plantea la aplicación de un sistema de sanciones a este último país que llega incluso a la amenaza de la intervención armada, la Unión Soviética respalda estas decisiones y no tiene inconveniente en alinearse con los Estados Unidos en contra de su antiguo aliado Irak.

Resulta por demás sintomático que al dirigente soviético no le temblara el pulso por el desmantelamiento del Pacto de Varsovia y por la adscripción de sus antiguos aliados al Consejo de Europa e incluso uno de ellos a la OTAN, si bien es verdad que los demás no han hecho el más mínimo gesto para dar este segundo y más radical paso.

Por el contrario, las tendencias independentistas han originado una fuerte reacción con intervención incluso de las FAS que ha ocasionado rechazos en Occidente, llegándose a la revisión y cancelación temporal de los planes de ayuda económica. Por otra parte, sin romper completamente su acuerdo con los Estados Unidos en la cuestión de la llamada guerra del Golfo, la Unión Soviética trató de poner en marcha un plan de paz que, sin contravenir por completo las anteriores Resoluciones de la ONU, venía a ofrecer al líder iraquí una cierta posibilidad de salvar la cara. ¿Cómo puede entenderse todo esto?

Lo primero que parece claro es que la liquidación de las principales secuelas del totalitarismo comunista y el desmantelamiento del Pacto de Varsovia son dos consecuencias deliberadamente previstas y consentidas. Vienen a ser como dos puñales clavados en el corazón de la OTAN, aunque sus efectos no se perciban de manera inmediata porque, ¿qué sentido puede tener una alianza cuyo fundamento ideológico es la salvaguarda de los valores occidentales si el potencial enemigo los abraza espontáneamente y líquida su instrumento de fuerza? Así, el nuevo dilema que puede plantearse a Europa, no ya a la occidental sino a todo ese conjunto que poco a poco se irá integrando en el Consejo de Europa, es el de mayor o menor inclinación hacia la Unión Soviética o hacia los Estados Unidos, no separados ya por abismos ideológicos, sino por simple competencia entre dos Estados en busca de la hegemonía mundial. Y quizá no resulte temerario responder que la ideosincrasia del pueblo ruso está más próxima a la europea, con la notoria excepción de la Gran Bretaña, que la del pueblo americano. Además, esta liquidación de su régimen puede proporcionar a la Unión Soviética una sustancial ayuda económica que tan necesaria le resulta para colmar sus bien evidentes carencias y posibilitar un auténtico desarrollo basado en la aplicación paulatina de los mismos postulados que han propiciado la prosperidad de Occidente.

Y aún podemos añadir algo más significativo: el hecho de que en la Reunión extraordinaria del Comité de Ministros del Consejo de Europa hiciera acto de presencia el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Alexander Besmertnij que, según las noticias de la prensa, formuló algunas anticipaciones sobre el futuro de la cooperación entre la Unión Soviética y el Consejo de Europa, institución a la que consideró "de creciente importancia porque se aproxima a la idea paneuropea", afirmando que su país "está en el camino de plantear una petición de ingreso, como miembro de pleno derecho". Parece claro que una eventual adscripción de la Unión Soviética al Consejo de Europa pondría en entredicho la coherencia de la Alianza Atlántica.

Y también puede entenderse desde la perspectiva antes esbozada de subordinación de la ideología a los intereses nacionales, esa aparente tendencia a la involución, esa violenta reacción del propio Gorbachov respaldado, sin duda, más que obligado por el Ejército, en contra de los intentos nacionalista. Estos sí suponen un menoscabo para la integridad y el poderío de la Unión Soviética ninguna contrapartida a la vista. Entendemos que en esta actitud no hay que ver una "tendencia involucionista" en favor del antiguo sistema, sino simplemente la utilización de métodos habituales de aquél (y en definitiva de todos, porque no hay que olvidar que la Guerra de Secesión americana planteó una cuestión análoga) para solucionar un acuciente problema de integridad territorial surgido como consecuencia no deseada de la apertura política. La aplicación de la máxima energía en aras de la integridad nacional no es incompatible con la democracia, según nos demuestra la Historia.

Y también podemos comprender, bajo el mismo supuesto, el intento de mediación en la guerra del Golfo. Lo que la Unión Soviética no puede desear, evidentemente, es el protagonismo de los Estados Unidos. Y es razonable, por ello, que tratara de proponer solu-

ciones que pudieran resultar aceptables para los países de la Europa continental, para los del Magreb, y para los árabes. No se trataría ya de cambiar el rumbo de la guerra, para lo que sus intentos resultaban demasiado tardíos sino de mejorar su imagen con vistas a la fase posbélica. Cuando llegue la paz, su mediación será recordada como intento moderador y benéfico tanto por los países occidentales (algunas de las reacciones constatadas en Italia y en España resultan particularmente clarificadoras, y lo fue asimismo la dimisión del Ministro de Defensa francés) como por los países árabes moderados (que no desean tampoco una hegemonía americana) e incluso por los integristas, dado que su proyecto pudo ser una tabla de salvación para Saddam Hussein, aunque exigiera el cumplimiento de las famosas Resoluciones de las Naciones Unidas, en lo que todo el mundo se había mostrado conforme.

Por consiguiente, todos los hechos y reflexiones expuestos nos conducen a deducir que el anterior sistema de confrontación de bloques de carácter ideológico, propio de nuestro siglo XX, será sustituido por un nuevo orden mundial, en el que las posibles discrepancias volverán a surgir, como en el pasado, de alianzas de Estados con intereses contrapuestos, pero con sistemas políticos afines en muchos aspectos.

CESEDEN

**LA DISUASION NUCLEAR DEL FUTURO Y EL INFORME
*DISCRIMINATE DETERRENCE***

D. FERNANDO CASTILLO CACERES
Historiador.